

DOCUMENTOS PARA EL CAMBIO

- Es difícil, es comprometido ser luz del mundo.
- Han mejorado las cosas, pero no las personas.
- Triunfó la técnica pero no la moral.
- Creer no es sólo pensar, sino vivir, actuar y lanzarse.

(Homilía del Excmo. e Ilmo. Mons. MIGUEL O-BANDO BRAVO, Arzobispo de Managua, en la santa misa concelebrada con motivo de la apertura del Año Santo Jubilar el día 10 de junio de 1973 en Santo Domingo Extramuros, conocido como Santo Domingo de las Sierritas de Managua).

El Año Santo, que en la terminología canónica se llama Jubileo, consistía para la tradición bíblica del Antiguo Testamento en un año de vida pública especial, con la abstención del trabajo normal, con la vuelta a la originaria distribución de la propiedad de las tierras y con la remisión de las deudas no saldadas y la liberación de los esclavos hebreos (c. Lev. 25, 8 ss).

En la Historia de la Iglesia, como es sabido, el Jubileo fue instituido en el año 1300 por Bonifacio VIII, pero con objetivos puramente espirituales: consistía en una peregrinación penitencial a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo; tomó parte Dante, quien describe la multitud de gente que circulaba por Roma (cf. Inf. 18, 28-33); más tarde, en el Jubileo de 1500, se añadió la apertura de la Puerta Santa de las basílicas a visitar, no sólo para facilitar el aflujo de penitentes, sino también para simbolizar la mayor facilidad de acceso a la misericordia divina ganando la indulgencia jubilar.

PENTECOSTES

Alguien podría preguntar, qué significa hoy el Espíritu Santo? Qué puede aportar el Espíritu al mundo tecnificado y al hombre de las naves espaciales, pagado de su ciencia y de su talento experimental? Según creemos lo que diferencia al cristiano del ateo, no es otra cosa que el Espíritu. El cristiano ha nacido de nuevo por el agua y el Espíritu. San Pablo le llama la nueva creación. El creyente se mueve por un nuevo ser y una nueva fuerza. Actúa con la nueva vida de Cristo, porque “ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí”.

Cómo actuar? El creyente fiel al Espíritu, no puede ser mero espectador o “libre oyente”.

a) A nivel personal: la revolución cristiana se hace desde adentro, desde la renovación interior: de poco sirve que a un hombre se le libre de una manipulación de tal empresa o tal régimen, si se hace doméstico de otro monopolio extraño al Espíritu, porque carece de formación y personalidad; habrá que independizarse de uno mismo, del hombre “viejo” a fin de sentirse el hombre nuevo, que se compromete con todo su ser y con todas las consecuencias.

b) A nivel eclesial: es hora de abandonar las guerrillas entre los mismos fieles; ha llegado el momento de solucionar los problemas en diálogo de amor: “No coincido en todo con tus puntos de vista, pero puesto que hemos de responder igualmente al Espíritu, vamos a trabajar juntos y a tomarnos en la disparidad la copa de la unidad, como preámbulo a nuestra labor conjunta”. El Reino de Jesús se anuncia entre nosotros: la Iglesia es ese reino de Dios con un Espíritu recibido del Señor; ha de manifestarse con la fuerza de su fe, capaz de transformar este reino presente.

Es un deber, y por tanto algo sagrado para todo cristiano, el manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio sincero de sus palabras, el hombre nuevo de que se revistió por el Bautismo y por la virtud del Espíritu Santo, cuya fortaleza recibió en la Confirmación.

El hombre moderno se resiste a la elocuencia y persuasión; sólo el ejemplo vivo ante sus propios ojos le arrastra. No son tiempos de demostrar la existencia de Dios, todos los hombres lo admitirían teóricamente, sino de hacer visible al mundo cómo Cristo vive en el cristiano.

Por tanto, es urgente: actos más que palabras, compromisos más que predicadores, conferenciantes.

El testimonio, ante todo, debe ser vida, entrega y amor, porque creer no es sólo pensar, sino vivir, actuar y lan-

zarse. Hay mucho campo abierto. Es difícil, es comprometido ser luz del mundo; por eso el cristiano deberá ser mártir, ser santo, o renunciar a su nombre.

Cristo en la Eucaristía, se hace luz, fuerza, testigo del verdadero amor, entrega de Dios a los hombres, compromiso y realización amorosa y sacrificada. Somos testigos; vivamos una vida nueva, la del Señor. En medio de la soledad de este mundo no estamos solos; el Espíritu actúa en nuestro interior y da testimonio con nosotros. Sería un pecado, ahora que hemos visto la luz que alumbra y guía nuestra vida, encerrar la fuerza del Señor en los raquíticos esquemas de nuestra vida, de un pueblo, de una raza, de una nación, de un partido. El es para todos, y hacia todos nos empuja. Hemos visto su luz y la vamos a llevar a todo el mundo. Nos ha dejado el Pan y el Vino para caminar el difícil camino de la vida, y ser luz y antorcha para todos.

Estamos ofreciendo el sacrificio eucarístico, signo de la unión y energía cristiana a nivel parroquial; pero resulta muchas veces que la parroquia no es exactamente una comunidad, sino conglomerado de personas definidas por unos criterios geográficos señalados artificialmente. De aquí la necesidad de dar el paso hacia una comunidad, que por ser comunión ha de estar animada por un ideal, por un mensaje, por un Espíritu común. A cada uno toca interpelarse por su obediencia al Espíritu en la familia, en la oficina, en su descanso. . .

La verdadera felicidad sólo la podemos encontrar en Dios. Preguntémosle a Eva Lavalliere, si fue feliz en la apoteosis de sus triunfos. Nos dirá que no. Los reyes y embajadores tenían por honor besar las manos de Eva, la artista de París, de Francia y del mundo entero. Eva era una mujer triunfadora, pero no feliz. Era la devoradora de fortunas. Estaba endiosada por la cantidad de incienso que recibía cada día de todo el mundo. Reyes como Eduardo VII de Inglaterra, Alfonso XIII de España, Leopoldo de Bélgica, Carlos de Portugal. . . habían acudido a saludarla personalmente. Era feliz? No, un día se convertirá y dejando los vanos honores del mundo, se entregará a Cristo; dirá entonces a su amigo Robert de Fleurs que quiere llevarla nuevamente al París de sus triunfos: "Diga Ud. en París, a todos los que pregunten por Eva, que ha visto Ud. ahora -convertida- a la mujer más feliz de las mujeres".

Eva encontró en Cristo la verdadera felicidad, esa que iba buscando en vano entre el incienso, los aplausos, el oro y los amigos. . . La buscaba en vano porque no estaba en donde la buscaba.

No está la felicidad en las criaturas.

El candel es sustituido por la electricidad.

El vapor, por la fuerza atómica.

Los metales ligeros, por los plásticos fenólicos.

Han aparecido las máquinas lavadoras, los "robots", y con todo, teniendo más técnica, tenemos menos felicidad.

A medida que mejoraron las cosas no han mejorado las personas. Si triunfó la técnica no triunfó la moral. Por eso no somos más felices que en los tiempos del candel.

Antes los piratas se escondían. Hoy son famosos y agasajados. Los ladrones vivían antes en cuevas o en sus escondrijos. Hoy viajan en lujosos carros.

Qué cambio dio el mundo en poco tiempo: contemplamos una civilización técnica como jamás, y por otro lado no vemos esa felicidad que promete la técnica. Y es que la técnica no puede darnos la felicidad que es patrimonio de Dios.

Aquellos que creen que Dios ha muerto, buscan dioses que les hagan felices; los buscan en el dinero, en el sexo, en las modas, en el juego, en el vino, en los antros del vicio. . . y no encuentran en las cosas sino "espejismos". Parece que poseen la felicidad, pero se engañan.

Esta es nuestra mayor tarea: la de sortear los espejismos y no dejarnos arrastrar por la luz de las cosas bellas como la incauta mariposa del cuento que se quemó las alas.

Junio 10 de 1973 .